La condición del desaparecido en Aparecida de Marta Dillon.

VIDELA, Jennifer / Facultad de Filosofía y Letras UBA - [videlajennifer@hotmail.com](mailto:videlajennifer@hotmail.com)

Tipo de trabajo: ponencia

* Palabras claves: Desaparecido, tercer estado, ilegalidad, cuerpo, huesos, restos.
* Resumen

La condición de desaparecido es un estado liminar que se ubica en los límites entre la vida y la muerte. Su falta de precisión se debe a la dificultad de definir la situación de ese sujeto desaparecido: no se sabe si está vivo o muerto pero tampoco qué fue lo que se hizo con él. La obra Aparecida (2017) de Marta Dillon reflexiona en torno a ese tercer estado y presenta lo conflictivo de su definición. La persona desaparecida es aquella que no es, que no está, que no existe y al mismo tiempo, es todo ello. Los huesos, materialidad tanto del cuerpo como de la muerte, son presentados al interior del texto a partir de su doble constitución: como elemento que permite el vínculo con un pasado -en el cual huesos, cuerpo e identidad integraban un todo- y como indicio de la crueldad a la que un cuerpo -desprovisto de su condición de sujeto- es expuesto. En los restos hallados se exhibe tanto la certeza de la muerte -lo cual culminaría la condición del (des)aparecido - como la ilegalidad a la cual se lo ha sometido.

* Los restos como sinécdoque de la ilegalidad.

“Porque ese cuerpo, este cuerpo que tenemos, tiene también las pruebas de la crueldad y la saña con la que lo fusilaron” (Dillon, 2009).

“Pienso que allí, en el cuerpo, hay una evidencia: una evidencia de que se trata la experiencia humana, que sin el cuerpo no es nada” (Dillon, 2017: 4).

Marta Dillon, escritora argentina, publica el texto Aparecida en 2015 luego de que el Grupo de Antropólogos Argentinos encontrara e identificara los restos de su madre, Marta Taboada, desaparecida por las fuerzas militares en 1977. El hallazgo impacta fuertemente en la cotidianidad de la protagonista y le sirve como disparador narrativo ya que por medio de él recorre tanto su pasado familiar como su presente. Todo a la luz de una dualidad que atraviesa la obra: la ausencia/presencia de un cuerpo y junto con ello, el binomio muerte/ vida. Es a razón de lo planteado que resulta significativo detenerse en la naturaleza del término desaparecido -acepción que adquiere mayor dimensión durante el desarrollo y caída de la última dictadura militar. Es decir, frente a la polaridad muerte/vida que nos articula desde que nacemos hasta que morimos, los sucesos de la dictadura abren un tercer estado que se ubica más allá de esa polaridad: la del sujeto desaparecido. El término alcanza una nueva significación y se lo eleva a categoría en el momento en que sirve para designar un estado en el que se desconoce tanto dónde está como qué se hizo de determinado sujeto– o qué le van a hacer-. Tal es así que en la obra, la narradora exhibe una concepción de dicha categoría atravesado por la necesidad de la búsqueda:

Buscar es una palabra peliaguda cuando se trata de desaparecidos, porque en verdad no está claro que los busquemos a ellos, a ella en mi caso. Lo que se busca es un material residual, el sedimento de su vida antes y después de convertirse en esa entelequia que no es, que no está, que no existe. (Dillon)

El desaparecido es un estado que no se puede definir con precisión: no puede ser ubicado, no sabe qué se hizo con él ni tampoco cuál fue su destino. Ni vivos ni muertos, carecen de definición concreta, siempre en los márgenes, una entelequia. Es esta naturaleza poco precisa la que lo vuelve una condición problemática puesto que se trata de “una ausencia sin nombre" (Ibid), entiéndase, absolutamente dual, aquel que no está pero tampoco se había ido.

Es a causa de esto que en la obra de Dillon la condición del desaparecido se plantea sin síntesis. Es decir, si los desaparecidos son seres que no están, que no son, que no existen, la narradora nos muestra qué ocurre cuando esa situación se invierte, cuando esa ausencia sin nombre se vuelve aparición. En el pasaje de desaparecida a aparecida que recorre a Marta Taboada, se abren un sinfín de interrogantes que quiebran la condición antes aludida.

La historia, de esta manera, puede ser planteada a partir de dos tiempos: los flashbacks que presenta la narradora en torno a su relación con la madre y demás integrantes de la familia, y el presente narrativo, donde la llamada del centro de antropólogos conlleva el retorno del cuerpo sin sepultura. Los sucesos del primer tiempo influyen y se conectan con los del segundo: una vez que los restos de Marta Taboada son hallados la protagonista recuerda lo difícil de asumir la falta. Por medio de esos recuerdos la obra va planteando diversas posturas ante la ausencia forzada: por un lado, quienes muestran la dificultad de nombrar y poder enunciar qué fue de ese sujeto. Por el otro, la negación a asumir ese estado, omitiendo la gravedad del mismo. En este sentido, la escena de la protagonista diciéndoles a sus amigas que su mamá está desaparecida se contrapone con la acción del padre de no volver a nombrar a su ex esposa. Falta de nominalización y negación son dos respuestas que surgen al interior de la obra frente a un estado que es liminar, sin bordes precisos.

Pero lo más significativo en torno a la historia es la forma en que ese estado se vincula con un cuerpo atravesado, estallado por la ilegalidad y el poder de turno. El cuerpo -elemento central que recorre el texto- es presentado también a partir de esa contraposición entre el pasado y el presente: Marta Taboada era un sujeto completo cuyo cuerpo era articulado y funcional. Sin embargo, una vez que es interceptado por el poder su unidad se quiebra, la articulación de sus partes se rompe. Tal es así que aquello que encuentra el grupo de antropólogos no es más que un conjunto de piezas sueltas, sin ninguna parte que lo cohesione: “-Hay cadera, hay cráneo, ¡hay un montón!- le dijo Sofía a Fidel [...] como si en esa enumeración de dos restos anatómicos no estuviera implícito todo lo que no había.”(Ibid). El cuerpo o sus restos disociados son planteados como un objeto maleable, algo que las fuerzas represivas pueden manejar y quebrar, no sólo porque lo hagan en términos materiales (lo rompen, lo lastiman, lo destinan a una bolsa de basura) sino porque, también, quiebran la unión que éste establece con la identidad. ¿Qué es un cuerpo? Es un interrogante que acorrala a la narradora y para el cual no parece encontrar respuestas concretas. La pregunta está dada, mayormente, porque es la perturbación -vinculada a un montón de huesos desarticulados- lo que irrumpe en la vida de la protagonista. El problema radica en si esa fragmentación es capaz de constituir un cuerpo y si ese conjunto de huesos dispersos puede ser Marta Taboada; “Cómo un solo hueso podría alcanzar para saber a quién perteneció ese pedazo de pierna” (Dillon) se pregunta. Los huesos son perturbación porque son fragmento y crueldad.

En esta línea de pensamiento, si diversas teorías han planteado al cuerpo como un todo cuyas partes otorgan entidad, una asociación de partes que se articulan y constituyen un todo orgánico, la fragmentación que presenta la obra plantea todo lo contrario. Así Paula Telis –autora de Mujer Basura. Performance y feminismos- concibe al cuerpo como una conjunción de lo físico, lo mental y espiritual que constituye un sistema energético y cuyo campo de acción es insertarse en un ambiente (Telis). Le Breton refiere al cuerpo como el elemento que permite el contacto con el mundo, la marca del individuo que hace que pueda distinguirse de los otros. En él, afirma, está la carga de la identidad (Le Breton). Nancy, a su vez, concibe el cuerpo como un conjunto que se articula y organiza (Nancy). En el caso de Dillon, la articulación de partes se encuentra totalmente quebrada: no hay unidad posible. Aquello frente a lo que la posiciona el grupo de antropólogos no es más que un conjunto de huesos a los cuales –finalmente- se les puede adjudicar un nombre pero no la unidad orgánica que era su madre cuando fue captada: “se trataba de Ella. Los retazos que habían quedado de ella, fijos, nítidos” (Dillon). De esta forma, los restos hallados exhiben un doble movimiento: muestra en su propia desarticulación el indicio de la crueldad. Al mismo tiempo, se vuelve inquietante por lo que implica su retorno: la certeza de la muerte. El estado del desaparecido se cierra porque su estado de vuelve nombrable: ya no se trata de una ausencia impuesta sino que ahora se puede materializar esa muerte y darle un sentido. Sin embargo, no resuelve la ausencia ya encarnizada puesto que no se trata solamente de pasar a tener un lugar concreto donde enterrarla sino, fundamentalmente, de restituirle a ese conjunto de restos la condición de individuos, devolverle a su dueña la condición de sujeto social. Aunque Marta Taboada es restituida a la condición de individuo que le fue sustraída cuando la capturaron, no logra retornar a la cotidianeidad, tampoco su cuerpo vuelve de la forma en que fue expropiado. Es por ello que su aparición se vuelve sumamente inquietante y se muestra sin síntesis, porque en los restos se plantea esta doble situación: el cuerpo que retorna pero totalmente violentado. Lo que vuelve a la esfera social es lo que resta de esa corporalidad y no su constitución total, sin embargo, por medio del hallazgo se logra restituir la condición de sujeto social, se les devuelve todo lo que les fue quitado: una identidad, una historia, una sepultura.

En esta línea de pensamiento los huesos son ese elemento disruptor que logran “rescatar de las sombras algo concreto” (Ibid). Funcionan como sinécdoque porque indican tanto lo que se fue como lo que ya no se es. Llevan en su sola reaparición el indicio del terror vivido, de lo que el poder asociado a la ilegalidad es capaz de hacer con la materialidad del cuerpo. Son lo tangible, los restos existen porque hubo un cuerpo antes. Su irrupción así como el indicio de la muerte en la cotidianeidad de la protagonista se vuelven un hecho inquietante porque alteran ese orden que la ausencia había establecido. Es por este motivo que no traen alivio sino, muy por el contrario, exponen la narradora y protagonista ante:

[U]n montón de preguntas, un dolor de muerte reciente, la sensación de haber sido tocada por una varita mágica, elegida para oficiar una ceremonia de adiós a quien no estaba y nunca se había ido […] Pero yo ya había aprendido a convivir con la presencia constante de la ausencia sin nombre cuando mamá se convirtió en una aparecida. (Dillon)

La cotidianeidad se quiebra. Esa ausencia asimilada pero sin explicación es alterada cuando se vuelve algo tangible: la muerte se hace cuerpo y es solo en ese momento que la autora dimensionar lo que ocurrió con su madre pero, al mismo tiempo, abrir todo un conjunto de preguntas. No hay síntesis porque no hay solución: en 1977 se llevaron el cuerpo vivo de Marta Taboada, muchos años después se le devuelve a su familia un conjunto de huesos que -hay que suponer- se corresponde con esa identidad quebrada. No hay posibilidad de síntesis porque los huesos traen a la escena pública lo que había permanecido en la clandestinidad, pero no el sujeto desaparecido. Sus restos exhiben el doble despojo: por un lado, físico –el cuerpo despojado de su propia carne- y por el otro, social/cultural –el cuerpo borrado de la vida misma, eliminado la unión que constituye con su historia, identidad y su propio nombre (síntesis de todo lo demás).

A forma de conclusión es posible afirmar que en la obra el estado del desaparecido no logra ser integrado por medio de una síntesis porque lo que retorna no es vida sino muerte. Los restos dejan en evidencia que esa acción tuvo lugar, la muerte ocurrió y no hay reverso de ella. La categoría del desaparecido se cierra, pero por la negativa: se logra la sepultura pero no se alcanza la restitución del sujeto social que fue sustraído: “la vida y la muerte se entrelazaban como zarcillos de una enredadera que socavan el muro que la enamora. Los límites eran difusos. Su retorno me abrazaba" (ibíd). El estado de desaparecido se establece en los márgenes, ni vivo ni muerto, pura ausencia pero, a la vez, presencia constante desde las sombras. No hay resolución sino tensión constante.

Bibliografía

Dillon, Marta (2009). “El día en que el duelo fue posible”, en Página 12. https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-129701-2009-08-09.html

----. Aparecida. Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

Jelin, Elizabeth (2002). “El género en las memorias”, Los trabajos de la memoria. España: Siglo XIX editores.

Le Breton, David(2012,. Sociología del cuerpo. Buenos Aires: Ediciones de Nueva Visión.

Longoni, Ana (2018). “Fotos y siluetas: políticas visuales en el movimiento de derechos humanos en Argentina”, en Aletheia, Volumen 8, N°16.

Nancy, Jean Luc (2007). “58 Indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma, Filosofía contemporánea I, Daniel Alvaro. Buenos Aires: Ediciones La cebra.

Saporosi, Lucas (2017). “Entrevista a Marta Dillon: Amor, memoria y materialidad”, en Aletheia, Volumen 8, N°15.

Telis, Paula (2015). Mujer basura. Performances y feminismos, Buenos Aires: Milena Caserola. Diker, G., Terigi, F. (1997). *La formación de maestros y profesores: hoja de ruta.* Buenos Aires, Paidós.